

nacimiento, y siempre por la simplicidad de su corazón; á los grandes por la elevación de su espíritu y la nobleza de sus sentimientos.

La habitación de este hombre no se manifiesta por pomposos trenes, ni por el brillo imponente de un palacio encantador. Confundido frecuentemente en las ciudades, su residencia está sin lujo y sin aparato; en los campos se le ve al lado del cementerio, entre la vida y la muerte; una vieja encina lo defiende con su espeso follaje de los ardores del sol en estío, y contra la violencia de los vientos en invierno. A su puerta vienen á tocar el pobre y el rico: el primero, para recibir, sin ruborizarse, el pan de cada día, y el segundo, para derramar sus limosnas y pedir consuelos. Los unos y los otros son recibidos á la entrada de la casa de este huésped solitario, con el mismo afecto y la misma paternidad; los pobres, porque son la imagen y los miembros de Dios, que sufre, y los ricos, porque suministran recursos contra la indigencia, y porque de sus tesoros saca una voz de amor y un tributo de alabanzas á Dios. Mientras que el mundo no lo solicita por la caridad de su ministerio, vive ignorado. ¿Pero hay una lágrima que estancar, una alegría que bendecir? Entónces ahí está; lucha cuerpo á cuerpo desde luego con el

dolor, y no deja el campo lúgubre de la amargura, sino hasta que el mal ha cesado y ha vuelto la calma. La alegría la modera por su sabiduría y su prudencia, y la santifica por sus oraciones.

Pasa el tiempo haciendo el bien, porque tal es su vocación; acaricia al infante que la madre arrulla en su regazo, y que con una dulce sonrisa comienza á reconocer á la que le dió el sér. Apiña á su derredor á la juventud que instruye con sus ejemplos, como con sus palabras; es el padre del huérfano, el sosten y el amigo del anciano, á todos les habla de Dios y del cielo.

Se le ve algunas veces por la tarde, cuando los trabajos han cesado, solo, con su breviario en la mano, seguir tranquilamente el sendero solitario, y perderse en las sombras de la noche. Su presencia es de buen agüero; cada uno repite su nombre y se apresura á compartir el placer de haber visto y saludado de léjos á este buen padre: este buen hombre es el sacerdote. ¡El sacerdote! ¡Qué palabra; el sacerdote! Este sinónimo perfecto, esta personificación sublime de todo principio de amor, de abnegación y de espíritu! ¿No es una locura, una especie de chomez, poner un libro como éste, en medio del bullicio de tantos intereses diversos y del aturdimiento de los placeres? ¿No sería mejor arro-

jar estas páginas en una cisterna profunda y sellarla con una piedra, hasta que la religion, cuyo ministro canto, venga á cubrirlas con su manto, y sepultarlas en un olvido eterno? Pero nó, . . . no es ni lo uno ni lo otro; porque si el sacerdote no está en su verdadero pedestal en el espíritu del mundo, es porque el mundo no conoce al sacerdote; es porque hace medio siglo, más aún, no ha cesado de cargar de ironías, de invectivas, de suciedades al sacerdote católico. El filosofismo volteriano y su nauseabunda ralea, han falseado las ideas del mundo sobre la naturaleza y la mision del sacerdote; ellos lo han presentado ambicioso, grosero, enemigo del pueblo y de su felicidad; una anomalía repugnante que era necesario hacer desaparecer, para entrar en las leyes de la naturaleza y del órden.

Este sacerdote, que se apunta con el dedo, este sacerdote, vestido de negro, el pueblo no le conoce, no sabe quien es, ni lo que hace; así él,—el pueblo—engañado [como está, cree que se asciende á sacerdote, como se hace abogado, que se entra á la Iglesia, como se entra en la baranda, y que se toma lugar en los escaños del santuario, como se sienta en el sillón del palacio de justicia. Pero el origen del sacerdote, la divinidad de su mision, la sublimidad de su

carácter ¿las conoce el mundo? No, el mundo no conoce nada, no conoce nada de todas estas misteriosas grandezas; porque si las conociera, el mundo haria justicia al sacerdote.

Santa, pues, es para el hombre la conciencia, la mision de rectificar los errores de la multitud, esclarecer sobre la materia todo lo que está ligado á sus destinos, y tal mision no puede ser de otro que de él mismo, porque el sacerdote solo siente lo que es: el fuego sagrado que le devora y le consume, esta region de vida y de luz en que irradia y donde su vocacion le ha colocado, esta fuerza misteriosa que le sostiene, este génio de inspiracion y de amor que le conduce, aquellas tendencias que lleva en su corazon, nadie mejor que él las comprende, ni nadie mejor que él las puede describir. El sacerdote no obra por sí mismo; cuando habla, cuando obra, su Maestro es quien obra y quien habla, y él solo escucha su voz. *Est Deus in nobis calescimus illo.*

Cuando hemos concebido el proyecto de abogar ante el mundo por la causa del sacerdote católico, de vengarle de las calumnias é invectivas de sus enemigos y de presentarle como es, á los que, sin aborrecerle, no tienen de él ideas exactas, y hacer ver á todos, que es el estado

más santo á los ojos de la religion, no desconocemos que nuestra pluma, en esta materia, podrá parecer sospechosa é interesada, y que quizá seremos acusados de dejarnos conducir por preocupaciones de estado y de educacion; pero este temor, lo diremos con el ilustre Obispo de Hermópolis, debia detenernos? Sin duda que no; porque si la verdad es para todos, si tenemos la esperanza de hacerla sensible á todos los espíritus, ¿qué importan los discursos de hombres irreflexivos? La preocupacion pasa y la verdad subsiste. En las diferentes profesiones en que se divide la vida humana, es conveniente que cada uno hable de la que ejerce, pues que es la que debe conocer mejor. A Turenne corresponde escribir sobre el arte militar, á d'Aguesseau sobre la magistratura, á Massillon sobre el sacerdocio. ¿Quién mejor que el ministro de la religion conoce la excelencia de sus funciones y toda la influencia sobre los corazones, sobre la paz de las familias, sobre la tranquilidad pública?

La apología más victoriosa del sacerdote debe encontrarse sin duda, en su conducta; á él, pues, conviene, con una vida sin reproche, cerrar la boca á sus enemigos, y si las pasiones humanas lo han onvilecido, lo han deshonrado con

acusaciones falaces, necesario es volverlo á colocar en el glorioso pedestal desde el que en otro tiempo imperó sobre los hombres y el mundo, y de donde no ha descendido sino con detrimento de los pueblos y de los reyes.

El sacerdote no es de ayer ni de hoy; su origen se remonta al principio del mundo, como el sacrificio de quien es ministro. El sacerdote es tan antiguo, como la tierra, como la desgracia. En todas las edades y en todos los pueblos, la primera necesidad del hombre ha sido la oracion y el sacrificio; de esta necesidad, pues, tambien reconocida de la inmolation, nació el sacerdote, intermediario sagrado entre la miseria del hombre y las ricas misericordias del Ser Soberano; lazo supremo que une de una manera inefable y misteriosa á Dios con el hombre, al cielo con le tierra, al espíritu con la carne.

Recorriendo la Europa, el Asia y lo que conocemos del Africa, partiendo de las Galias, y pasando por la Germania, la Tartaria, la India, la Persia, la Arabia, la Etiopía y el Egipto, encontramos por do quiera sacrificios, ceremonias, un culto, y estos sacrificios, ceremonias y

culto, tienen hombres que son exclusivamente sus ministros y se llaman sacerdotes. (1)

Cuando la sociedad no estaba aún formada; ántes que los hombres se encerraran en el recinto de las ciudades; cuando el mundo era el templo universal y el firmamento su bóveda, y las estrellas su lumínar, el sacerdote era el padre de familia, el primogénito de todos. Así fueron sacerdotes en aquellos tiempos tan remotos Cain, Abel, Noe, Abraham y Jacob, Abimelech y Laban, Isaac y Jacob; (2) pero des-

---

(1) El sacerdocio ha sido revestido de una autoridad sin límites en todos los climas. Benjamin Constant, lib. 3.º, cap. 4, p. 14 de Relig.

(2) La palabra sacerdote viene del griego *presbyteros*, que significa *un anciano*. La palabra hebrea de que se sirve la Escritura para designar á los sacerdotes es *cohen*; la griega *hiereus*, y el latín *sacerdos* ó *presbyter*; pero esta última, no marca siempre un sacerdote en el texto latino de la Escritura. Judit, 8, 3. Eccl. 4, 7, 6, 35. Dan. 13, 28.

En el Antiguo Testamento, el sacerdote no estuvo anexo á determinada familia, sino después de la ley de

pues que el Señor escogió la tribu de Leví para servirlo en su tabernáculo, el sacerdocio quedó irrevocablemente y de una manera exclusiva, anexo á la familia de Aaron. (1)

---

Moisés. Exod. 28, 1. En la ceremonia misma de la alianza que el Señor celebró con su pueblo al pié del Monte Sinai, Moisés hizo allí el oficio de mediador, y escogió para hacer el de sacerdote, á uno de entre los hijos de Israel. Antes, los primogénitos, los padres de familia, los príncipes y los reyes eran sacerdotes natos en su familia ó en las tierras de su dominación. Gen. 4, 3, 4, y Job. 1, 5.

[1] En ocasiones extraordinarias, sin embargo, los reyes y los jueces, ó los profetas, ofrecían sacrificios sin que la Escritura los reprendiese; en otras ocasiones también el castigo, pero terrible, seguía luego á la transgresión. Núm. 16.

El gran sacerdote, entre los judíos, era jefe de la religión y juez ordinario de las dificultades que sobrevinían, y aún en todo lo que tenía relación á la justicia y los juicios de la nación. Tenía también, él solo, el privilegio de entrar en el santuario una vez al año, que era el día de la expiación solemne y general. Debía proce-

Entre los griegos el sacerdocio se tenía en

---

der de una persona de la tribu, en que su padre se había casado con una virgen y exento de todos los defectos corporales marcados en el Livítico. Deut. 17, 8, 9. Lev. 16, 2, 3, 4.

Dios había ligado á la persona del gran sacerdote, el oráculo de su verdad; de suerte que cuando estaba revestido de los ornamentos de su dignidad. del *hurim y thummim*, respondia á las preguntas que se le hacian, y Dios le descubria las cosas ocultas y futuras. 1, Reg. 23, 9. Le estaba prohibido guardar duelo de sus deudos ni áun de su padre, ni de su madre, ni entrar donde hubiese un muerto. Lev. 11, 13. No podia casarse sino con una virgen de su tribu, y debia guardar continencia todo el tiempo de su servicio. El vestido y la tiara del gran sacerdote, eran mucho más magníficos que los de los simples sacerdotes, como se puede ver en el cap. 30 del Exodo.

Los sacerdotes particulares servian inmediatamente al altar, ofrecian sacrificio. degollaban las víctimas, y los levitas derramaban la sangre de éstas, al pié del altar. Conservaban el fuego sagrado sobre el altar de los holocaustos y en las lámparas de los candeleros de oro

tanta estima, que los reyes, los príncipes y los

---

estaban en el *Sancta*, amasaban los panes de propiciacion, los hacian coser, los ofrecian sobre el altar de oro mismo en el *Sancta*, y los quitaban todos los sábados para poner otros. Todos los dias, á tarde y mañana, un sacerdote destinado por suerte, á principio de la semana, llevaba al *Sancta* un incensario ardiendo y lo ponía sobre la mesa de oro, llamada por otro nombre el altar de los perfumes. El vestido ordinario de los sacerdotes era una túnica de lino sin costuras, con cinturon de diversos colores. Se cree que este cinturon del gran sacerdote era de un tejido muy precioso, porque Moises dice que era hecho por el arte del bordador, algunos, sin embargo, sostienen que no diferia del de los otros sacerdotes. Exod. 25, 30, 40, 21, 27.—Paral. 35, 11.—Luc. 1, 9.

El gorro de los simples sacerdotes se llamaba en hebreo *migbaoth*, y el del gran sacerdote *mizmepeth*. Pero los rabinos nos aseguran que estos dos términos significan una misma cosa, y que era una especie de casco compuesto de una banda de lino de más de diez y seis varas de larga, con que daban muchas vueltas á la cabeza, y formaba un gorro que se parecía á un casco,

gefes del ejército, eran calificados sacerdotes,

así como lo indica el término hebreo *migbath*, que tiene la misma significación.

Los sacerdotes no llevaban su cabello largo en el templo, no se rasuraban ni la cabeza, pero se cortaban el cabello con tijeras. No se descubrían la cabeza en las ceremonias—habría sido falta de respeto al lugar santo. Llevaban calzones de lino como el gran sacerdote, para evitar toda indecencia. Los levitas no tenían vestido particular para las ceremonias de la religión, y se vió como mal presagio, que hubieran obtenido el año 52 de Jesueristo, el llevar la túnica de lino los sacerdotes. Lev. 6, 21, 5.—Exod. 28, 42.

No era permitido á los sacerdotes ofrecer incienso al Señor con fuego extraño; es decir, que no se sacara del altar de los holocaustos. Conocido es el rigor con que Dios castigó a Nadab y Aviú, por haber faltado á esto. El sacerdote y los levitas servían al templo por semanas y por cuartos: entraban en semana el sábado y salían en idéntico día. Moisés había fijado la edad en que debían entrar al santo ministerio, que era de los veintuno á los treinta años, y dejaban de servir á los cincuenta. Pero en tiempo de David se modificó esta ór-

den y se les obligó al servicio del templo, á los veinticinco años. Los que querían consagrarse al servicio para siempre, eran bien recibidos y se sostenían con las ofrendas comunes y diarias. Lev. 10, 1, 2, 4; Números 8, 24.

El Señor no le había dado ningun derecho en el país á la tribu Levi, pero la había provisto abundantemente de todo lo necesario con las cuarenta y ocho ciudades que les asignó, con mil codos más allá de las murallas, á cada uno y con la participacion de las víctimas y primicias, ya de hombres, como de animales y frutos de la tierra. Lev. 7, 33, 34.—Deut. 18, 3, 45; Núm. 18, 15, 16, 17, 23, 35, etc.—Josue, 21, 19, 20.

Una de las principales funciones de los sacerdotes, despues de los sacrificios en el templo, era la instrucción del pueblo y el juicio de los negocios. El conocimiento de las diferentes especies de lepras, las causas de divorcio, las aguas del cielo, los votos, los casos relativos á la ley, y las manchas que se contraían en los diversos casos, todo era del resorte de los sacerdotes; daban públicamente la bendición al pueblo en nombre del Señor; en la guerra, estaban encargados de llevar el Arca de la Alianza, consultar al Señor, tocar las trompetas sagradas y pronunciar estas palabras á la cabeza del ejército: *Escuchad Israel: vais á combatir á vuestros enemigos, no temais, porque el Señor está en medio de*

aunque no lo fuesen de oficio, como Chryses en Homero. (1)

---

*vosotros; combatirá por vosotros y os defenderá en el peligro.* Oseas, 4, 6.—Malaq. 2, 7, etc.—Lev. 13, 15; Núm. 5, 4, 15, etc.

La consagración de Aaron y de sus hijos, se hizo en el desierto por el ministerio de Moisés, con mucha solemnidad, cuyos detalles se pueden ver en el Liv. 8, 1, 2, 3, etc. Se duda si á cada gran sacerdote se renovaban estas ceremonias. Es muy probable que se contentase con revestir al nuevo sacerdote con los vestidos de su predecesor, como se practicó á la muerte de Aaron. Núm. 20, 25, 26, etc. Otros creen que se les daba también la unción; á lo ménos esto se practicó hasta la cautividad de Babilonia aunque no se tenga prueba de ésto, y lo contrario se vea en Jonathas, Asmoneo. Mac. 10, 21. Respecto de los sacerdotes particulares, no se sabe lo que hacían, ya cuando entraban al ministerio, ó dejaban de ejercerlo, ó despues de haber prevaricado. Es incierto también, si en tal caso, era bastante la santificación ordinaria, es decir, la exención de las manchas legales para tocar las cosas santas. *Dom Calm. Dic. Biblia.*

(1) Los reyes de Lacedemonia, acostumbraban hacer ciertos sacrificios que eran anexos á su persona, tanto

En Roma, la persona de los sacerdotes era sagrada é inviolable; á sus funciones estaban anexos grandes privilegios (1). ¿Quién ignora que los Druidas gozaban en las Galias de toda la consideración correspondiente al rango supremo, y que tenían un poder casi ilimitado. (2)

---

en la guerra como en la ciudad, y por esto llevaban siempre un cuchillo en una vaina, cerca de la espada, del cual se servían para degollar las víctimas, *Boinwilliers, Antiq. grieg. y rom.*

(1) A más de la toga bordada de púrpura que les era común con los primeros magistrados, y su adorno del gorro, los sacerdotes en Roma, tenían el derecho de subir al capitolio sobre carros llamados *carpenta*, y entrar al Senado, hacerse conducir presididos por antorchas y con un ramo de olivo. Estaban además exentos de muchos cargos del Estado. Tenían honorarios asignados del tesoro público, para hacer los sacrificios *Id. Id.*

[2] Los druidas, ministros de las cosas divinas, presidían los sacrificios públicos y particulares, conservaban el depósito de las doctrinas religiosas. El deseo de la instrucción les llevaba una numerosa juventud. Su nombre infundía respeto. Tenían conocimiento de todas